

Presentación



La UNAM es el proyecto cultural, académico y por tanto histórico más importante del pueblo mexicano durante el siglo XX. También es su mejor realización social. Si cada una de las instituciones autónomas y abiertas que tiene el país hubiese avanzado con el comportamiento autogestivo y dialéctico de la UNAM, así como si hubiese asumido la dinámica autoconsciente de esta institución, México, sin lugar a dudas, se hallaría no sólo en el conjunto de las naciones ahora llamadas del primer mundo; también, en lo relativo a los aspectos vitales de los problemas educativos y científicos, étnicos y culturales, constituiría un modelo de organización social para el siglo XXI.

Algunos considerarán exageradas las aseveraciones anteriores. No importa. Toda introspección de cada comunidad, pueblo o país resulta asimismo radical y contundente siempre que se hallan los elementos históricos y objetivos a la mano. También cuando desprejuiciadamente se establecen las indispensables comparaciones entre instituciones, comunidades, pueblos, naciones.

Hasta hoy resulta todavía extraño que la dinámica política del México posrevolucionario no se confirme en la ya clara exposición de protagonistas, hechos, conceptos, metas trazadas y logros reales o incipientes. En el análisis profundo de los fenómenos sociales de las postrimerías del siglo XX es posible descubrir cómo México —por causas históricas también definibles y constatables— constituye una nación poco dispuesta a tratar sus asuntos y problemas abiertamente. La más inmediata comprobación de esta aversión para analizar y tratar asuntos reales e íntimos se localiza en el comportamiento de los medios de comunicación masiva, sobre todo en lo que se refiere a dos polos de sus actividades: el periodismo y las telenovelas. Ambos fenómenos han literalmente “manejado” una temática inmediata en lo social pero totalmente utópica en el tratamiento pues no han aportado elementos objetivos para que los espectadores entren en conocimiento de las realidades “ofrecidas” y esbozadas. Aquellas características que por definición sustentan a los trabajos profesionales de la comunicación social (socialización rápida y eficiente de la información, máximo de objetividad, investigación autónoma, cobertura obligada de protagonistas y partes, honestidad profesional comprobable) en México son apenas puntos de debate y en la práctica —con notables y brillantes excepciones— sólo vislumbres de futuras acciones profesionales. En el plano del “entretenimiento” —fenómeno norteamericano de origen comercial completamente artificioso para una sociedad de raíces rituales como la nuestra— los argumentos, las tramas, los protagonistas son, si cabe, lo opuesto a lo que ocurre en la realidad cotidiana de nuestro país. No hay seres humanos sino remedos de personajes absolutamente buenos o malos. Se evita conscientemente tratar los problemas

comunes, así como las posibilidades de transformación y avance. Prohibidos están en la pantalla televisual y en gran parte de la cinematográfica los temas inmediatos, constantes y sonantes, como la maternidad prematura, la violación, el racismo y sus lacras, la infancia infeliz y degradada, las nuevas formas de organización, la explotación del trabajo, la inasistencia y la corrupción gubernamentales, la participación política liberadora, la ausencia de preparación y justicia, etcétera, con todas sus imposiciones, interjuegos y manejos políticos, amenazas de retroceso y conservadurismo, etcétera. La sociedad estadounidense —con sus tensiones y estrujamientos sociales— posee conductos de autoanálisis colectivo y dentro de ella se hallan establecidos ciertos rasgos, instituciones y procedimientos para ventilar confrontaciones y problemas reales. En ocasiones, la exagerada socialización de las intimidades de las figuras públicas alcanza niveles de impudicia pero en el fenómeno se manifiestan asimismo los defectos que toda la comunidad posee y sufre por estar compuesta por seres humanos pues todos sabemos que sólo del conocimiento objetivo de los problemas —cuyo punto de arranque es la información adecuada y también objetiva— pueden surgir las posibles soluciones, ya sean conceptuales, teóricas o prácticas.

La UNAM ha sido universo social, recipiente y reflejo histórico y político de la nación. Durante mucho tiempo —y parece que vivimos las postrimerías del fenómeno— fue el único o uno de los pocos universos de libre participación política de los mexicanos. Sigue y seguirá siéndolo en la medida en que no funcionen las instituciones externas a la UNAM llamadas a permitir la realización de objetivos políticos más claros. De la UNAM se han desprendido la mayoría de las instituciones de educación superior que existen en el país, si no de manera material sí como proyecto, centro de planificación o ejemplo vivo de estructuración. No es casualidad que el partido único y oficial —férrea y antidemocrática estructura que no acaba por extinguirse o transformarse en los tiempos que corren— fuera instaurado en 1929, el mismo año en que a la UNAM le otorgaran y lograra su autonomía. Muchas generaciones de mexicanos sólo pudieron vislumbrar y practicar la libertad y la participación políticas dentro del ámbito de la UNAM y de la universidad pública. Muchas generaciones de dirigentes, funcionarios —que no es lo mismo—, intelectuales y profesionales se han preparado y desenvuelto en las aulas y las instalaciones universitarias porque era el único lugar en que podían hacerlo. Han resultado completamente injustas —por ahistóricas y poco objetivas— las campañas que esporádica y sistemáticamente distintos grupos sociales han desatado en contra de la UNAM. La última y probablemente la más escandalosa fue la que se originó en la concepción tecnocrática y “de empresa privada” que intentó adjudicarle a la universidad pública un funcionamiento y una estructura empresariales. Ni siquiera numéricamente (que ya no cualitativamente) el sistema empresarial de la educación superior podría preparar y capacitar el número de cuadros profesionales indispensable para el funcionamiento eficiente de la infraestructura económico-social. En este fenómeno —como ocurre ahora con la planificación del desarrollo de las instituciones de educación superior mexicanas— se intenta anular o se quiere hacer de lado el enorme peso de liderazgo que posee la UNAM. Resulta indispensable aprovechar, para todo el país, no sólo el conocimiento que la institución posee sino también su experiencia académica, organizativa, social y, sí, política. Mucho de conocimiento hay en las acumuladas publicaciones universitarias que serviría para, en conjunto y con disposición a la solución de los problemas, establecer hoy en día un proyecto nacional de educación a todos los niveles. Mucho hay por reorganizar dentro de la UNAM pero no podemos hacer de lado los mexicanos la significación que tiene para el país el conocimiento depositado en esas obras y en las mentes universitarias que han concentrado sus capacidades de investigación y de estudio, sus energías y experiencias para plantear y resolver situaciones, fenómenos y problemas que pertenecen y atañen a toda la nación. ♦